

Alfonso Armada

Cuaderno de viaje al país natal

Galicia, la Vía Láctea de la saudade

Cuaderno de viaje al país natal
Galicia, la Vía Láctea de la saudade

Alfonso Armada

Primera edición: julio de 2022

Edición © Faro de Vigo, 2022

© del prólogo, Manuel Jabois

© del texto, Alfonso Armada

© de la fotografía de la cubierta, Alfonso Armada

La Umbría y la Solana, 2022

c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-124729-5-0

Depósito legal: VG-269-2022

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A Adelina, mi madre,
y a mis abuelas,
Emilia y Josefina

ÍNDICE

Prólogo de Manuel Jabois	13
Cuaderno de viaje al país natal	17
La verdadera patria es la infancia	19
Buscando rastros de Cunqueiro en Pedrafitas do Cebreiro	29
Samos, el monasterio descreído	39
De Vilar de Donas a Portomarín y las piedras removidas	49
El Pórtico de la Gloria y el verdadero sentido de la cultura	59
Noia, donde los muertos se asoman a los vivos y los vivos a los muertos	81
Cuño, Fisterra y un fin del mundo demasiado banal	91
Las panaderas de la Costa da Morte	113
Carballo y la fealdad	123
A Coruña, Doña Emilia Pardo Bazán y Dios	129
El diccionario perdido de Ferrol	155
Estaca de Bares y la estupidez del nacionalismo	175
Viveiro y un viaje al centro de la tierra	189
Mondoñedo, donde las nieblas hablan latín	203
Lugo no despierta, pero la Virgen de los Ojos Grandes no los cierra nunca	219
Una cocina en Gromaz para José María Castroviejo	231
El Pedregal de Irimia y lo que canta el Miño	241
El cuarto de la meditación de Os Galegos	257
El <i>ámeto mítico</i> de Uxío Novoneyra	269
Relectura de Ourense con Chesi y Eduardo Blanco Amor	291
El Pazo do Barreiro y un barco de piedra varado en Cortegada	307
El Santi, Verín y <i>a raía</i> no tan seca	313
Veranos con mi abuelo Ángel en el balneario de O Carballiño	333
Tres hermanas de Ribadavia y la salvación del mundo	347
Donde muere el Miño nace el mar: A Guarda	361
La luna de Gondomar. Un tramo de vida	375
¿Qué es Vigo para ti?	395

Mira las luces de Alcampo en la Avenida de Castelao	415
De Coia a San Simón, las voces y los ecos de la memoria íntima	441
Bueu y la pesca milagrosa	497
Un barbero y un militar de Pontevedra	505
El jardín botánico y las aguas calientes de Caldas	517
Vilagarcía, Vilanova, Heemskerk. Todos somos o seremos emigrantes	525
Rosalía de Castro, Simone Weil y la Vía Láctea	541
El jardín emboscado de Manuel Vilariño y el piano de Hiwot	569
Epílogo borroso, o hacer volar un petroglifo	581
Agradecimientos	589
Bibliografía	591

No cesaremos de explorar
y el fin de toda nuestra exploración
será llegar a donde arrancamos
y conocer el lugar por primera vez.

T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*

Hay un momento de este viaje de retorno a su país natal de Alfonso Armada en el que el caminante, él, repara en Pontevedra y una cita ineludible de Julio Camba en la que exhibe su escepticismo y su capacidad de análisis en todo su esplendor: «Pontevedra no progresa, pero se dispone a progresar». Pontevedra es mi ciudad, y también la ciudad a la que hace muchos años Armada vino a buscarme para que yo escribiese en una revista cultural que sigue pie contra pared en estos tiempos, *fronterad* (me perdonarán el apunte personal, pero viene al caso: aún antes que al Armada periodista, al que leía distraídamente, a mí me impactó el Armada generoso y dispuesto que siempre fue con periodistas más jóvenes que él). Pontevedra también es la ciudad de la escritora Susana Fortes, de cuyo último libro, *Pontevedra, tal cómo éramos*, tira Armada en su retrato de la ciudad. «Me acuerdo», escribe Fortes, «de la típica redacción sobre el verano que nos ponían siempre a la vuelta de vacaciones en Primaria. Me acuerdo de que yo escribí la mía sobre la playa de Chancelas un día de marea viva, con la arena muy revuelta. Puse que la orilla estaba llena de nalgas. Fue un antes y un después en mi reputación como escritora». Me perdonarán el apunte personal, pero viene al caso: a Susana Fortes, presente en estas páginas cuando tienen que ver en ellas Pontevedra, la quiero y la admiro por razones muy parecidas a las de Armada, así que encontrarla aquí y encontrarla juntos ha sido un placer inesperado.

Para viajar por Galicia y contarla, Armada, que es reportero, poeta y caminante, se apoya en los demás: los que la escribieron antes que él, los que la escriben al mismo tiempo que él y los que la escribirán después de él, esos personajes, anónimos o no, que se encuentra en su camino mientras él pisa sus huellas o las borra a fuerza de andar, ver y contar, que es la única preceptiva del oficio según dejó dicho Chaves Nogales. Con la diferencia de que en Galicia todavía es

posible confundir al caminante legendario con el verdadero: establecer esa diferencia es el trabajo de Armada, que ha hecho con ciudades y pueblos una refundación literaria que tiene que ver con su mirada y con su cultura. Con la primera uno puede nacer o adquirirla; la segunda se hace lentamente, se digiere y, si uno tiene la generosidad del autor, la comparte. «Lo data Uxío Novoneyra en 1993 y yo, que pierdo la memoria como se pierde la vida, me salvo porque ese año volví por tercera vez a Sarajevo, martirizado por los radicales serbios y por el olvido de la comunidad internacional, mientras Susan Sontag montaba allí *Esperando a Godot* como gran metáfora de todo lo que no supimos evitar para que la limpieza étnica y el nacionalismo desaforado no se saliera con la suya en Bosnia-Herzegovina, y ahora lo siguen los bosnios pagando y nosotros lo pagaremos», escribe Alfonso Armada.

Y en este párrafo se condensa lo mejor de la mal llamada literatura de viajes (¿qué literatura no lo es?): la experiencia del autor, sus pasos sobre el terreno, las referencias a quienes pasaron antes por otros lugares. La fortuna de contar, y el canto afortunado para quienes tienen que escucharlo. Y uno, que ha pisado muchos de esos sitios y ha leído muchas de las crónicas de Armada antes de que tomaran forma de libro, sabe que los viajes interminables son aquellos que pueden ser contados de interminable manera. Esta que tiene el lector entre sus manos es una de las mejores porque en ella hay la mezcla exacta de paciencia, encanto y talento que se necesita para contar una tierra de la que pocos saben que en realidad no existe, que en realidad solo existe en la medida en que uno pueda inventarla.

Cuaderno de viaje al país natal

La verdadera patria es la infancia

Cuando metía las manos en el fuego mi abuela Emilia no se quemaba. Cuando le hacían fotos trataba de hurtarlas, como si le avergonzaran esas manos que eran una enciclopedia del trabajo, de la tierra, de las peras de San Juan, de las conversaciones con las gallinas y los cerdos, del maíz *debrullado*... Y de las *jalletas* de coco que escondía para que los nietos acabaran siempre encontrándolas en una caja de latón que encerraba el mayor tesoro que hemos buscando nunca. La añoro como añoro el mar de Vigo sobre todo cuando el invierno lo encrespa de borregos, la lluvia de Coia contra los árboles desnudos que parecían implorar piedad, un cielo pizarroso o azul celeste en una infancia sin fin, y los tranvías blancos y llenos de ámbar al atardecer, a pesar de que nos llevaban al colegio. La añoro como el humo provincial sobre el que cantan los gallos de Olvido García Valdés en un poemario que es ahora mismo un acto de fe: *Confía en la gracia*.

No he dejado de confiar en esa gracia que no forma parte de la conversación general del mundo. Pero creo que si me ha alumbrado a lo largo de la vida ha sido por el ejemplo y las enseñanzas de mi abuela materna y de todos los que me han ido arropando y acompañado hasta esta página del *Faro de Vigo*, que fue mi primer pupitre público: en él hice mis primeras prácticas. Al *Faro* (tantas resonancias de Virginia Woolf en *Las olas*) ya me asomaba con curiosidad insaciable y de rodillas en una silla en la gran mesa del comedor del número 55 de la calle de Núñez de Balboa, donde pasé junto a nueve primos carnales no sé si los mejores años de mi vida, pero sí los más inocentes. Mi lado más amable nació en ese tiempo y en ese espacio, aunque no haya dejado de cambiar (no siempre a peor) desde que el 12 de septiembre de 1958 me nacieran en una preciosa casa algo más arriba de Núñez de Balboa, en la plaza de la Consolación, cuando Coia tenía palco de música y alameda en la que convi-

vían vacas y vecinos. Si la infancia es un país, entonces era la casa de la abuela Emilia. ¿A ese país quiere volver este viaje? Sí, pero sin nostalgia.

¿Dónde reside la gracia? Acaso en la Escuela Lírica de Caminha de la que escribe un portugués que siempre he sentido como si fuera un tío lejano, Eça de Queirós, en su tristísima *Os Maias*, una novela que me bebí como se bebe el vino del país, algo de niebla y amargor hecho de mimbres que no han secado bien, los que mi abuela *apañaba* como una tarea más: daban sentido a una vida para la que no necesitaba pararse a pensar. Por eso cuando llegó su hora dijo que no quería vivir más. No quería ser una carga para nadie. Nunca lo fue. Y se apagó como vivió: sin estridencias. Como una luz de invierno, su gracia me baña las manos. Con el vimbio nos azotaban nuestras madres («a la noche se pescan los pájaros») cuando nos lo habíamos ganado a pulso. No parece que hayamos quedado traumatados por el leve látigo vegetal en nuestras nalgas. Emilia se limitaba a vivir con todas las consecuencias, incluso cuando se deshacía el sempiterno moño para lavarse el pelo y después *peitearse* a orillas de la máquina de coser, junto a la ventana que daba al patio de cemento, donde llovía como solo llueve en el pasado y en las novelas y la infancia era eso: mi abuela, con las manos escoriadas de hablar de tú a tú con la tierra y los animales, de explicarse con el fuego. Peinándose la larga cabellera de plata quemada, *agachada* por las horquillas, sin que sus ojos dejaran de mirarme como nadie nos ha mirado nunca, a mis primos y a mis hermanos, en aquella república de las hogueras, los nogales, el manzano de la Consolación, la higuera de las brevas y su espantapájaros de latas y bidones, los maizales, el tiempo inagotable... Cuando nos pasábamos temporadas enteras en las ramas contemplando el cielo nocturno, la Vía Láctea desde el cenador, haciéndonos las mismas preguntas que ahora, más de medio siglo después, nos seguimos haciendo, aunque con menos urgencia e intensidad. Como niños eternos y perplejos. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Para qué estamos aquí? Ni siquiera la vecindad del océano nos ayudaba a encontrar una respuesta que llevarnos a la cama cuando éramos buenos, y cuando ya hemos conocido la muerte de seres muy queridos, y cuando he tenido la mala fortuna de verla de cerca porque cuando me

hice periodista y empecé a escribir en *Faro de Vigo* no sabía que también iba a tener que acercarme al dolor de los demás en Sarajevo, en Ruanda, en Nueva York...

Si consigo anclar buena parte de mis recuerdos a edad muy temprana es porque entre el nacimiento y los dieciséis viví en tres casas distintas en un radio de dos kilómetros, siempre en Coia, y porque fui un privilegiado: en las tres había tierra alrededor para jugar al escondite, subirse a los árboles, intimar con los animales. Y hay, además, fotos que permiten acotar esas tres primeras estancias en la tierra, que los que han explorado los laberintos de la memoria dicen que son los que forjan nuestro carácter y nuestra manera de ser. Mi infancia son recuerdos de una casa con tejado rojo y el espíritu burlón del arquitecto: a las habitaciones, que estaban en el piso superior, había que subir por una escalera exterior, a la carrera cuando llovía (como en las casas rústicas de Borgoña y Normandía). A partir de los siete años (porque el incipiente polígono de Coia se llevó por delante aquella casa y la huerta que la rodeaba) nos mudamos a la casa de la abuela Emilia, en Núñez de Balboa, donde vivían dos de las hermanas de mi madre, y de esa época recuerdo que la temporada de juegos era infinita (guerras de terrones y manzanas, volcanes alimentados con páginas arrugadas del *Faro*, fumatas a escondidas de los Ideales del abuelo o con barbas de maíz y, de nuevo, el *Faro* como infumable papel de fumar), las Navidades multitudinarias y la fe indesmayable en los Reyes Magos: no en vano Emilia se encargaba todos los diciembres de cortar el tupido cañaveral que crecía a espaldas de la casa «para que pudieran pasar los camellos y los magos». La tercera, el chalet que construyó mi padre en terrenos heredados por mi madre en el Camiño da Raposa, para la familia nuclear, es la de la enojosa adolescencia. Por aquel *camiño* bajaban rebaños de ovejas y las farolas tenían bombillas tan raquílicas que las silvas proyectaban maravillosas sombras espantosas.

Pasé brevemente por el Labor antes de desembocar, como otros hijos de la burguesía viguesa, en Montecastelo, colegio vinculado al Opus Dei, en el que sufrí y aprendí de lo lindo, y enraizó mi fe, hasta el punto de que llegué a convencerme de que sería misionero en África. Creo que esa doble fascinación (religiosa, que no por el Opus, que nunca me gustó, y por el

continente negro) venía de una avidez lectora que no sé muy bien cómo surgió, porque en mi casa apenas había libros. Las colecciones de Julio Verne, Emilio Salgari y Edgar Rice Burroughs que atesoraba mi primo Camilo en preciosas ediciones de tapa roja, y que devoré, afiebraron mi imaginación. Antes de conseguir que mi padre me comprara mis primeros libros (recuerdo vivamente la noche en que llegó con una caja en la que, además de varios ejemplares de la colección Austral —un Pío Baroja, un Robert Louis Stevenson—, destacaba el inmenso diccionario encuadernado en piel de la Real Academia Española, que guardo como un incunable), saqué las bibliotecas de mis primos. Me leí todo lo que estaba a tiro. Libros y periódicos empezaron a ser mi dieta favorita, y por eso me gustaría recordar a Pedro Pereira, profesor de Lengua y Literatura en Montecastelo, que fue quien me mostró que las palabras podían ser una forma de ganarse la vida. Y por seguir con la prehistoria, ante el tema ¿qué te gustaría ser de mayor?, que propuso el concurso de redacción de Coca-Cola, elegí periodista, sin saber muy bien qué era eso. Lo descubriría mucho más tarde gracias a un compañero de *El País*: «un sacerdocio». Todo está relacionado.

Aunque provocativamente he llegado a decir que era ateo «gracias al Opus Dei» si algún día escribo unas memorias a la fe de la infancia y la idea de Dios tendría que dedicarle un larguísimo capítulo. Este *Cuaderno de un retorno al país natal* (como el gran poemario de Aimé Césaire: «de pie ante el timón/ de pie ante la brújula/ de pie ante el mapa/ de pie bajo las estrellas/ de pie/ y/ libre») quiere ser una conversación con el niño que fui y con una Galicia que ya no existe, pero también la exploración de una nación mutante, estibada a babor, sobre la costa, con un interior salvaje, desconocido, despoblándose a velocidad vertiginosa. Un país que no comparte las obsesiones identitarias, narcisistas y estériles de otros territorios peninsulares, y que trata de seguir siendo un sitio distinto mientras el mundo se va consumiendo, caldeándose, y el telón de grelos va siendo perforado por las autovías y los trenes lanzados a toda velocidad hacia un tiempo incierto al que solíamos llamar futuro. Además de ese telón de verdura, otro hallazgo de aquella añorada revista llamada *La Naval* fue referirse a Galicia, de manera nada beli-

cosa, como una suerte de *Imperio do Sol Poñente*. Sol poniente que despierta indudables sintonías portuguesas.

Dios ha sido una presencia constante en este viaje. Tal vez porque el Camino de Santiago está en el origen de esta emocionante invitación del *Faro*. Partir de la peregrinación que Álvaro Cunqueiro emprendió el remoto año santo de 1962 en Pedrafita do Cebreiro con el inolvidable Magar como fotógrafo y a bordo de un Seiscientos llamado Don Gaiferos. Viaje espiritual y periodístico, el cronista, después de más de cuarenta años de exilio voluntario en Madrid, espantosamente lejos del mar, empieza a pensar que tal vez ha llegado la hora de volver. Pero volver ¿a dónde? Antes se impone una evocación del propio Cunqueiro y de mi padre, Cholo Armada, y de un error irreparable.

La distancia política con mi padre encontró en Santiago de Compostela pólvora y magnolias. (Allí descubrí también, gracias a Agustín Magán y a Ditea, dos amores que no sabía que me estaban esperando: el teatro y el gallego, que en mi casa apenas se hablaba, pero que era la lengua de mi abuela Emilia, aunque ella decía que mejor nos iría si en vez de gallego «aprenderíamos alemán»). Las discrepancias no dejaron de crecer hasta el punto de que puse tierra por medio entre otras cosas por lo que creía (durante muchos años he sido un majadero) coherencia radical. También en eso me parecía a él: ser consecuente con las propias ideas cueste lo que cueste. Renegué del Náutico (cuando él era comodoro), de la vela (fue campeón de España de la clase Snipe en tres ocasiones y de Europa en una: guardo el cristal de roca que fue su trofeo. Espero que a mis hermanos no les importe), de su sufrido Celta (así lo acabé contando en *El Celta no tiene la culpa*) y de todo lo que él representaba, hasta la *boutade* final de decirle en su despacho del astillero que fundara su padre (Ángel Armada Armada, carpintero de ribera) que si me lo dejaba en herencia acabaría repartiendo las acciones entre los obreros. Precisamente porque no estudiaba (Franco todavía estaba en este mundo) y me dedicaba a la política y al teatro, me escapé de casa en dos ocasiones porque quería: «ser feliz» y «ser un obrero». En aquel entonces mi padre solía ir «de chiquitas» con Cunqueiro, y yo, pobre de mí, nunca le pedí que me invitara a conocer al padre de Merlín. Y fue precisamente Cunqueiro el que le dijo, ante

mis veleidades periodísticas, que no estudiara el oficio, sino que hiciera «una carrera como es debido, Filosofía y Letras, Geografía e Historia...»), y luego ya aprendería en un periódico. No le hice caso. Es decir, sí se lo hice: empecé Filología Germánica en Compostela y acabé escapándome a la Posada del Salat, en Les Borges Blanques, Lleida, para trabajar de camarero. Interpreté el papel del hijo pródigo, cambié de carrera, empecé Historia. Pero volví a escaparme por segunda vez: esta vez mi destino era el más lejano imaginable: las antípodas. Nueva Zelanda. Llegué primero a Heemskerk (en Holanda, donde me acogió una familia de emigrantes gallegos y acabé limpiando con entusiasmo una fábrica de harinas y de piensos), después Copenhague (a la Christiania hippy y maloliente), y en autoestop. Luego, tras el segundo retorno, fracasos diversos (no llegué a Nueva Zelanda), y trabajar como oficinista en el astillero familiar, llegué a un pacto con mi más que paciente padre. A título póstumo lo digo. Fue gracias a la intercesión del padre de uno de mis mejores amigos, y uno de los más apasionados viguistas que he conocido nunca: Manuel Alonso Macías. Estas fueron las condiciones: abandonar el teatro (uno de los fracasos fue el examen final para ingresar en la Real Escuela Superior de Arte Dramático), vivir en un colegio mayor (sería el San Pablo, donde acabaría haciendo algunas de las amistades más estrechas de mi vida) y estudiar (por fin) periodismo en la Universidad Complutense de Madrid. Aunque no me ha ido mal (trece años en *El País*, cinco como corresponsal para África, y diecinueve en *Abc*, siete como corresponsal en Nueva York), tengo que volver a darle la razón a Cunqueiro. Demasiado tarde. Si volviera a nacer volvería a ser periodista, pero acabaría antes Filosofía e Historia. No me hubiera venido nada mal.

Tras rendir tributo bajo el Pórtico de la Gloria al apóstol que llegó en una balsa de piedra, el viaje tratará de reseguir los fractales de la costa gallega y sus fronteras interiores y exteriores, con hitos y calas en Noia, a Costa da Morte, Carballo, A Coruña, Bergondo, O Ferrol, Estaca de Bares, Viveiro, Mondoñedo, Lugo, Gromaz, O Pedregal de Irimia, Galegos, Parada do Courel, Ourense, Verín, O Carballiño, Ribadavia, A Guarda, Gondomar, Vigo, Bueu, Pontevedra, Caldas de Reis, Vilagarcía de Arousa y Padrón. Una topografía íntima que se irá explicando poco a